

La vida es un cheque en blanco

Estuche de contrabajo

DAVID REINOSO

Ulrika/El Aguijón, Bogotá, 2013, 63 pp.

I

En este libro, primer poemario publicado por David Reinoso (Bogotá, 1974), la vida aparece mencionada explícitamente varias veces. Está en el epígrafe inicial de John Lennon (“La vida es lo que te pasa mientras estás ocupado haciendo otros planes”), es el título del primer poema, y la encontramos en cuatro textos más, como en el impactante comienzo del poema “Chechenia”:

¿Dónde está la vida?

¿En la pelota que golpea los muros
de un cementerio
o en el puñal que bebe del aljibe de
una herida? (...)

(p. 31)

Se advierte la afirmación de un sentimiento vitalista que no ignora, como obligatoria contraparte, la presencia constante de la muerte (“A veces la vida aprieta un gatillo / o estira la manta sobre un cuerpo”, leemos en “Ministerio”, p. 56). En el poema que le da nombre al libro, así como en otro titulado “Tala”, Reinoso se las arregla para ilustrar cáusticamente cómo la muerte campea ante sus narices en el diario vivir:

He visto ataúdes que arropan el
miedo
y los llaman casas
ataúdes que ahuyentan la
intemperie
y los llaman trajes (...).

(“Estuche de contrabajo”, p. 40)

Entre el movimiento del lápiz
y su rastro en la página
respira un hacha.

(“Tala”, p. 51)

Esa relación simbiótica entre la vida y la muerte abarca, por cierto, la experiencia de escritura del propio poeta, quien en un texto no en balde llamado “Kamikaze” concluye: “Muerdo en mi

ley/ escribiendo, matándome” (p. 58). Declaración tajante que podemos matizar al leerla en contrapunto con el epígrafe del poeta griego Odysseas Elytis que abre la segunda parte del libro: “Escribo para que la muerte no tenga la última palabra”.

II

Tal como lo afirma Robinson Quintero en el prólogo, el manejo del lenguaje que despliega David Reinoso en su poesía es “sencillo, nada ampuloso, sin sintaxis forzadas”. Es un lenguaje ceñido, escueto, preciso, al servicio de una rica imaginería. Escenas, llama el autor a algunas de estas imágenes que lo atan a la tierra:

Una bolsa arrastrada por el viento
una mano sumergida en las canecas
de un granero
sábanas amarradas al ventanal de
un convento
un caballo tirando una carreta vacía
una camisa blanca después de un
crimen
prisiones amotinadas
redadas de la perrera municipal
o el suspiro en los labios de un
moribundo
son algunas de las escenas que me
atan a la tierra (...).

(“Cheque en blanco”, p. 43)

Las imágenes del poema anterior son descriptivas, fruto de una atenta observación de la realidad, pero no agotan el abundante repertorio del libro, que incluye también imágenes más densas, menos figurativas:

La mañana ensancha
los pulmones de un acordeón

Una botella desliza sus dedos
entre las bragas de una copa

Y un hombre gotea andenes
con el costillar de una res a las
espaldas (...).

(“Belleza”, p. 27)

Más notables aún que esta evidente habilidad para plasmar imágenes son aquellos casos en que el poeta, no contento con proponer imágenes sugestivas, logra desarrollarlas sin baches en poemas que concentran admirables crescendos creativos:

Un árbol es un brazo masculino
con dedos femeninos

En otoño la mano se hace huesuda
pero la primavera la enguanta de
hojas y pájaros

Crece desde las entrañas de la
tierra
su mano cerrada se abre paso
entre rocas y alfombras de caliza

Rompe andenes
abajo deja casas y alumbrado
público

Sus dedos exprimen frutos de luz.
(“Un árbol”, p. 33)

III

Escribir poemas breves —haikús, epigramas y similares— es una apuesta literaria exigente de la cual pocos autores salen bien librados. Entre nosotros el ejemplo más afortunado es el poeta Gustavo Adolfo Garcés, quien a lo largo de su obra no ha dejado de asombrarnos con su destreza para destilar a cuentagotas la esencia de su visión. Cuando David Reinoso se arriesga a transitar por estos rigurosos parajes patina, derrapa. A diferencia de la innegable calidad alcanzada en textos como “Un árbol”, “Alcohol”, “Pesca nocturna”, “Habla el pasto”, “Carpa de gitanos” y “Estuche de contrabajo”, en estos casos los resultados dejan mucho que desear:

Los unicornios jamás serán
domesticados
les pinté rejas para tus ojos.
(“Cebra”, p. 30)

Mientras Dios escribía
el libreto de la creación

Se le regó la tinta
y se hizo la noche.
(“Génesis”, p. 49)

La complejidad y la sutileza son desplazadas aquí por el facilismo de las ocurrencias ingeniosas y efectistas, muy a la manera de los juegos de palabras simplones y las *boutades* del peor Benedetti, de Ángela Botero o de Jairo Aníbal Niño. Otra muestra de brevedad fallida la encontramos en

RESEÑAS		POESÍA
<p>la píldora titulada “¿Qué es la libertad?”, cuyo texto se queda corto ante la evidente enormidad de semejante pregunta: “Agitar pancartas por la ciudad / o abrir la jaula de los canarios de mamá” (p. 29).</p> <p>De esta debacle minimalista vale la pena rescatar un pequeño poema, también destacado por Robinson Quintero en el prólogo, donde Reinoso nos ofrece una imagen entrañable de los garabatos con que solemos emborronar páginas y páginas de escritura:</p> <p>Tengo algunos pájaros sin pico y patas otros con alas deformes, a todos ellos les limpio las jaulas en las mañanas. (“Libreta de apuntes”, p. 53)</p> <p>IV</p> <p>Una vez leídas las sesenta páginas de este delgado <i>Estuche de contrabajo</i> —pulcramente diseñado y editado por Óscar Pinto Siabatto—, la impresión general que me queda es favorable. En ellas encuentro varios poemas espléndidos, lo cual, tratándose de lo exigente y riesgosa que resulta ser la poesía, ya es mucho decir. No puede uno dejar de celebrar, por ejemplo, la agudeza y el humor de un autor que para aludir a la naturaleza dual de nuestra humana condición opta por hablar de sí mismo en plural, como ocurre en las certeras líneas del texto “Siameses”:</p> <p>(...) Desocupo las botellas tú cargas el arrepentimiento</p> <p>Llevas el corazón pero yo enamoro a tus amigas</p> <p>Fumo los cigarros y tú tienes que respirarlos</p> <p>Vivimos hacinados en un solo hígado y un solo corazón (...). (p. 19)</p> <p>Otros textos —no muchos— no me convencen, y al respecto ya he dejado sentadas aquí mis objeciones. Y hay otros que, aunque no me disgustan del todo, me generan dudas respecto a palabras o versos que podrían sobrar. Le propongo al lector que examine</p>	<p>una situación concreta donde veo que el poeta peca por exceso y me incita a desenfundar las tijeras para atrevidamente editar la que considero una estrofa que está de más:</p> <p>Hoy no quiero saber nada de poesía</p> <p>Vendería ediciones limitadas de revistas porno trabajaría como despostador en un matadero o me ofrecería de portero en una funeraria</p> <p>Me siento como un imán aferrado a tornillos y puntillas oxidadas. (“Erizo”, p. 59)</p> <p>De este mismo poema yo excluiría la segunda estrofa, cuyas forzadas referencias laborales me parece que caen de nuevo en el terreno movedido de las acotaciones supuestamente graciosas que desvirtúan, a mi juicio, la médula del poema, que está dada por el título, el primer verso y la áspera imagen de la última estrofa:</p> <p>Hoy no quiero saber nada de poesía</p> <p>Me siento como un imán aferrado a tornillos y puntillas oxidadas.</p> <p>Estos reparos, que hacen parte del ejercicio soberano y suspicaz de un lector crítico, no afectan el balance final que, en esta oportunidad, es el de agradecer el privilegio de estar ante un autor con una visión original de la vida, acendrada por un dominio lúcido y despojado del lenguaje, tal como podemos apreciarlo en las imágenes sugestivas y sensoriales del poema “Acordes secretos”:</p> <p>El sonido de un pedazo de carne cuando se desliza en la sartén caliente</p> <p>La música de un campanario cuando el badajo juega entre sus faldas (...)</p> <p>La vida pone a rodar un vinilo negro y lo escuchamos bajo su aguja de diamante. (p. 32)</p>	<p>Con este libro inaugural de David Reinoso podemos darnos por bien servidos. La voz radiante contenida en este <i>Estuche de contrabajo</i> se suma con suficiencia al panorama de la poesía más notable que viene incurсионando en nuestro medio.</p> <p style="text-align: right;">John Galán Casanova</p>